

2 de mayo, 3 miradas de ayer por 3 alumnos de hoy

Por Álvaro Sánchez, Daniel Panizo y Víctor E. Cervera

La tarde está nublada y tras la lluvia matutina el camino se ha convertido en un barrizal y puedo sentir la humedad que traspasa mis inútiles botas. El sinuoso camino nos conduce hacia un futuro incierto aunque las alternativas son escasas, lo más seguro es que acabemos en la Montaña de Príncipe Pío. Un murmullo ronda entre los hombres que caminamos hacia el atillo. El viaje es un sollozo desesperado al ver acercarse la muerte tras los diversos intentos fallidos de huida. En cada intentona de huida los soldados franceses utilizaron con saña sus armas, poniendo fin a las vidas de algunos de los nuestros.

En la lejanía se dibuja la silueta del monte y esta vista provoca que nuestros corazones se encojan de terror. El tiempo transcurre más rápido de lo que la mayoría desea y muchos rezan desesperadamente para que ocurra algo que los salve. La ascensión al monte comienza y nuestras piernas, más débiles que de costumbre, empiezan a flaquear. Algunos caen y los soldados franceses los obligan a avanzar empleando cruelmente las culatas de sus armas, castigando de este modo sus ya de por sí doloridos cuerpos. Los oficiales parecen discutir sobre el lugar dispuesto para la ejecución, aunque dentro del grupo, algunos discrepan de mi opinión aferrándose a las falsas esperanzas de que solo nos hagan prisioneros. Por mi mente comienzan a pasar los acontecimientos del día que me habían llevado a esta situación.

Lo primero que vi nada más abrir los ojos fue la penetrante luz que se filtraba por los huecos de las contraventanas de mi habitación. Los rayos se reflejaban en las manecillas doradas del reloj de pie, el mejor regalo que me

hizo mi abuelo y que me daba directamente en los ojos. Me levanté con ganas de quedarme en la cama, pero había que trabajar. “Creo que es dos de mayo”, me dije a mí mismo. Con cierta pereza me lavé en un balde, me vestí con mi ropa de diario y me dispuse a bajar al piso de abajo.

Como de costumbre, el suelo estaba ya limpio y reluciente, gracias a mi madre que, como todos los días, lo limpiaba antes de que nos despertáramos. Los peldaños de la escalera crujían como de costumbre y esto provocó que mi madre se asomara desde la cocina. Llegué hasta allí para encontrarme con todos los parientes. Padre, ¡cómo no!, fumando una de sus preciadas pipas; Madre, preparando el café con un poco de pan, y mi abuelo, tan contento como siempre. Los saludé a todos y empezamos a desayunar. Cuando me disponía a beber el café mi madre dijo:

- Parece ser que la Junta de Gobierno ha cedido.
- ¿A llevarse a la reina de Etruria? – Pregunté mientras miraba la cara de mis parientes, por si encontraba alguna muestra de sorpresa en ellas.
- Así es... parece ser que se la llevarán desde el Palacio Real hasta Bayona a eso del mediodía.
- ¿Y de dónde has sacado toda esa información, madre? – Cuestioné con cierto sarcasmo.
- De dónde va a ser hijo... La vecina, vamos, la señora Mari, que ya sabes que parece tener oídos en todas partes.

Tras tomar el café, me procuré de mi reloj y salí a la calle. El suelo estaba mojado por la lluvia nocturna, pero ahora lucía un día maravilloso en el que el sol se abría paso triunfante entre restos de nubes. La amenaza de lluvia se había. Mi casa no quedaba muy lejos de la pequeña zapatería donde trabajaba.

Era una diminuta tienda que compartía con Paco, el oficial que me había enseñado todo lo que sabía de este empleo. No es que fuese muy bien el negocio, pero subsistíamos como podíamos.

Remontaba yo la calle del Espejo para llegar al trabajo y mientras, me iba fijando en que la poca gente con la que me cruzaba iba en dirección al Palacio Real. Ya había llegado al establecimiento cuando vi que estaba cerrado y en un cartel colgado en la puerta rezaba el siguiente anuncio: "Hoy 2 de mayo no estaré en la tienda. Búsquenme en el Palacio Real. Disculpen las molestias".

Me quedé sorprendido porque era extraño que anteayer no me hubiera avisado. Me lo tomé con calma y regresé calle abajo. A medio camino me adentré en la taberna de Toño para ver la situación. Toño era mi vecino desde hacía unos años, cuando todavía su padre dirigía la taberna. Por aquel entonces le llamábamos Toñete porque su padre también se llamaba Antonio, pero al fallecer el patriarca él heredó el negocio, su madre murió de pena y tuvo que mudarse al almacén que tenían encima del local, que poco a poco fue transformando en vivienda con la ayuda de su mujer. Ellos no reunían suficiente dinero para hacer frente a los gastos de la casa colindante a la mía.

Cuando abrí la puerta, me encontré a Toño y a su mujer recogiendo la barra. Este estaba concentrado en la limpieza, pero reaccionó a mi entrada cuando recibió una colleja por parte de su mujer y me dijo:

– ¡Ah! Hola... esto... el bar no está abierto hoy. Mi mujer y yo vamos a ir a despedir a la reina... esto, si quieres puedes venir con nosotros.

Yo me había quedado dubitativo, pero al final accedí a ir. Esperé en la calle mientras se preparaban. Durante mi espera, que fue bastante larga, vi cómo la multitud se dirigía al Palacio Real. Eran bastantes, aunque no parecían

enfurecidos. Intenté distraerme mirando los balcones de las humildes casas de aquella calle. Justo encima de la taberna, que era la “casa” de Toño, tenía un balcón con dos grandes macetas con petunias y lirios. Los barrotes de metal parecían recién pintados con aquel color rojo tan llamativo. Mientras disfrutaba con aquella visión, oí el ruido sordo provocado por Toño al cerrar la puerta de su casa. Se me acercó, me cogió del hombro y me dijo:

– Ya estamos. Hala, podemos irnos.

Bajábamos por la calle y ya podíamos oír el fervor de la multitud y poco más tarde esta nos arrastraba. No sé cómo fue posible, pero en aquella enorme multitud encontré a mi padre, con su eterna pipa de fumar. Estaba expectante, escuchando a un grupo de personas que hablaba unos metros más adelante. Se expresaban en un tono ciertamente ofensivo, como si estuviesen indignados por algo. Entonces pregunté a padre:

– ¿Por qué hablan de esa manera? – Él seguía atento a la otra conversación, pero sin mirarme me contestó:

– ¿Ves a aquel hombre con la manga de la camisa remangada?

– Sí – contesté, dirigiendo la mirada hacia él, del mismo modo que lo hacía mi progenitor.

– Pues es el jardinero de Palacio, que dice que si hay otro coche es para llevarse también al infante.

En aquel preciso instante dos soldados franceses salieron de Palacio escoltando a la reina de Etruria. Entonces se hizo un silencio casi absoluto, excluyendo un tímido murmullo que recorría las afueras de Palacio. Un segundo más tarde, un alarido desesperado salía de dentro del edificio pudiéndose entender algo parecido a un: “¡Que nos lo lleven!” Entonces, como

un acto reflejo crepuscular, todo el gentío entró a Palacio y yo fui sorteado por unas decenas de personas que pasaron. Presa del miedo, me alejé de la muchedumbre lo suficiente para pararme a analizar la situación. En aquel instante salió el infante al balcón haciendo que el griterío aumentase exageradamente. Entonces, el conocido duque de Berg, cuñado de Napoleón, se dejó ver, para dar la orden de abrir fuego sobre todo aquel que impidiese la salida del Infante Francisco de Paula. A su espalda, en temible formación de ataque, se agrupaba un pelotón de granaderos de la guardia imperial de Palacio, reforzado por varias piezas de artillería. El estruendo restalló como un trueno seco y prolongado. Al ver morir a conocidos y amigos, el deseo de vengar a los muertos se unió al de salvaguardar al infante. El estrépito de las armas y el olor de la pólvora, unidos a la cruenta imagen de muerte y dolor que presencié, me hicieron salir corriendo calle abajo hasta llegar a casa.

Absorto, cerré la puerta por dentro y me detuve a pensar lo que había vivido. Al oír la puerta, madre llegó con una cara de sorpresa. Poco a poco se fue tornando en angustia al verme parado con una mueca de incredulidad y de derrota. Le conté lo sucedido mientras asomaba el dolor a su cara y empezó a llorar desconsoladamente al decirle que Padre estaba a mi lado antes de que tal asunto empezara a complicarse la situación. A Madre se le ocurrió ir a casa de la señora Mari por si sabía algo. Le contó lo que yo le había narrado y la señora Mari continuó la historia, pues Ambrosio y Juan, sus dos hijos, habían estado allí unos instantes antes de nuestra llegada. Parapetados tras la valla exterior permanecieron unos minutos más que yo frente a Palacio y conocían otros detalles. La mujer con tristeza y una mano en la frente continuó el relato:

– Mis hijos volvieron a casa, me contaron lo ocurrido y volvieron regresaron a Palacio armados para hacer frente a los franceses.

Tres golpes sonaron consecutivamente en el portón de la señora Mari. Era el abuelo acompañado por Toño, ambos con la cara desencajada. La anfitriona hizo un gesto para que ambos visitantes se adentrasen en la casa. Toño me puso su mano derecha en el brazo diciendo con una voz tenue:

– Lo siento, tu padre... murió, le cortó el cuello un soldado... si te sirve de algo fue rápido...

Madre salió de la casa llorando desconsoladamente, y yo bajé la cabeza entristecido. Debería haber permanecido con él y haberlo sacado del barullo. Mientras recapacitaba, Toño me dijo algo más:

– Cuando tu padre decidió lanzarse a por ellos, me dijo que si le pasaba algo te diera esto, y aquí estoy.

Toño sacó la pipa de Padre y me la entregó, yo le di un golpe en la espalda a modo de gesto amigable.

De pronto vuelvo a la realidad al escuchar disparos de armas; van dirigidos hacia algunos hombres que han intentado huir presos del pánico. Mis sospechas se confirman cuando los franceses empiezan a preparar armas para fusilarnos y los oficiales parecen haber elegido un sitio donde darnos muerte. La noche ya ha caído y la temperatura comienza a descender. Los soldados franceses parecían estar prevenidos, ya que sus ropas están mucho mejor preparadas para el frío que las nuestras. Alumbrado por la luz de una linterna de papel se distingue el paisaje que nos rodea, estamos ante una roca fría y dura como los corazones de los franceses que nos miran con desprecio como si fuéramos simples trozos de carne.

Poco a poco me vuelvo a abstraer en mis pensamientos del día anterior.

Una vez entré en mi casa, estallé en lágrimas. Madre intentó consolarme pero no fue suficiente para calmar mi rabia y la sed de venganza que sentía hacia los crueles franceses que le habían arrebatado la vida a padre.

Sin pensarlo demasiado cogí la chaira y me lancé a la calle en busca de venganza. Madre intentó impedírmelo, pero yo le dije:

– Madre, esto no es solo porque nos hayan arrebatado a padre, sino por los intereses de toda España. Solo quiero luchar contra aquellos que pretenden destruir esta tierra a la que amo y en la que me crié.

Madre no dejaba de llorar y se despidió de mí mientras yo abría la puerta. En ese momento, Toño venía hacia mi casa acompañado de un grupo de hombres del barrio armados con navajas, objetos contundentes y algún fusil. Se detuvo delante de mí y me dijo:

–Tenemos que hacer algo, esos condenados franceses están matando a todo aquel que se les cruza por delante.

– ¿Y por qué hacen esa barbaridad? – Le pregunté yo.

– Están a las órdenes de un tal Murat que parece ser un importante militar, mariscal de Francia y rey de Nápoles, vamos, eso dicen.

–Maldito... ¿Y el ejército no hace nada por detenerlo?

–No, parece ser que nuestro “rey” les ha ordenado no hacer nada; solo en el Parque de Artillería de Monteleón, un grupo de soldados dirigidos por los capitanes Daoiz y Velarde han desobedecido esas órdenes y se han unido al pueblo en la lucha contra los franceses.

– ¿El pueblo también se ha levantado en armas?

– Sí, nadie está dispuesto a dejar que esos franceses se apoderen de España, nosotros mismos nos dirigimos al Parque de Artillería.

– Voy con vosotros, se van a enterar esos gabachos de lo que valemos.

Toño me lanzó un arma que atrapé al vuelo y salimos corriendo por las empedradas calles completamente silenciosas. El aire azotaba nuestros rostros enrojecidos por la rabia, entramos por callejuelas sucias y mugrientas en las que solo había ratas y algunos gatos que se acercaban a darse un festín. Yo, nunca había pasado por aquellos pasajes; nos guiaba con seguridad “El Mañas”, un vecino de Toño conocedor de los más ocultos atajos de Madrid.

Conforme nos acercábamos al Parque de Artillería se oían más claros los gritos de dolor de los soldados, tanto españoles como franceses, y el ruido y el olor de la pólvora que penetraba en nuestros pulmones haciéndonos sentir aún más acalorados y furiosos. En mitad del fuego cruzado entramos en el Parque de Artillería intentando esquivar como podíamos los disparos y matando de paso a algunos franceses. Cuando llegamos a la línea de tiro de los nuestros, Toño dijo a uno de los soldados:

– Venimos a ayudar en la resistencia.

– Muy bien – le contesta el soldado – ¿Tenéis armas?

– Solo cuchillos, navajas y tres o cuatro fusiles.

– En ese caso que los que no tengan fusil cojan uno y que empiecen a disparar al enemigo.

En ese momento un disparo de cañón impactó sobre un grupo de soldados.

– ¡Malditos franceses! – gritó un soldado – ¡Que alguien atienda a los heridos!

Sin pensarlo más apreté con fuerza el fusil, lo levanté delante de mi rostro apuntando al enemigo y grité:

– ¡Por la libertad! – Y comencé a disparar.

El sonido de los disparos me hace salir de mi ensimismamiento y me quedo mirando cómo los cuerpos de mis compañeros caen sin vida, esto hace que la sangre me hierva y mi odio hacia los franceses aumente. Una de las armas de los franceses se ha atascado y están intentando deshacer el entuerto... esto parece que nos concede unos minutos más de vida, cosa que algunos aprecian pero que otros no desean ya que su sufrimiento será más largo. Mientras, mi mirada se pierde en las estrellas, la pureza del cielo hace que las escenas del día anterior vuelven a mi mente con toda su crudeza.

Disparaba mientras corría. No sé cuantos soldados franceses había matado ya, pero creo que superaban la decena. La pólvora, con su humo y ruido, me impedía ver a mis compañeros, pero en un momento de calma literal, cuando la pólvora se disipaba un poco, pude atisbar a Toño, que me estaba haciendo señales con la mano para que fuese con él. Cuando llegué (no sé como pude esquivar el fuego enemigo) Toño me dijo:

– Parece que ya no queda ningún francés vivo, aunque hemos de mantenernos en alerta ya que pueden venir más soldados.

Un ruido sordo atravesó el aire y Toño cayó al suelo. Me agaché para ver dónde le había alcanzado el proyectil. La sangre salía a borbotones de su pecho. Mientras contemplaba el cuerpo sin vida de Toño, oí que unos pasos se acercaban rápidamente. Salí corriendo en dirección contraria a estos, pudiendo oír al mismo tiempo las voces de los franceses heridos y los de los que acababan de llegar. También vi los cuerpos inertes de los compañeros que

habían combatido junto a Daoiz y Velarde. De repente frené en seco. Dos soldados franceses estaban hablando a unos pocos metros delante de mí. Me quedé paralizado sin saber qué hacer. Me mantuve estático, para así poder espiar, pero lo único que pude comprender fue la palabra “españoles” y el apellido Murat. Mi indignación estaba llegando al límite, aunque me contuve y me dispuse a evitar a los franceses andando hacia atrás, pero una ramita seca crujió bajo mis pies. Este ruido alteró la conversación de los franceses, que dirigieron sus miradas hacia donde estaba yo. Me volví a quedar paralizado, mientras que uno de ellos cargaba su fusil y disparaba contra mí. Las últimas imágenes que vi fueron mi brazo sangrando mientras los dos franceses me cogían para llevarme a algún lugar.

A duras penas conseguí abrir los ojos. Lo primero que vi fue que mi brazo había dejado de sangrar gracias a un torniquete que alguien me había hecho. Intenté tocarlo aunque no pude porque tenía atadas las manos. Mientras mis ojos se acostumbraban a la penumbra de aquella estancia oscura, varios soldados empezaron a darnos con las culatas de sus armas para levantarnos. Nos condujeron por unos amplios y siniestros pasillos hasta llegar a un gran portón que llevaba a la calle. Cuando salimos de este edificio, la tarde estaba cayendo. Tras avanzar unos quinientos pasos, llegamos a un camino embarrado que conducía a varios lugares, pero de entre estos el más conocido era la Montaña de Príncipe Pío.

Estoy enfrascado en estos pensamientos, cuando varios soldados empiezan a atosigarnos hasta llevarnos a todos a la piedra lisa donde aún quedaban los cuerpos de los anteriores compañeros asesinados. Allí, mientras los franceses esperan la orden de disparo de su superior, los acontecimientos

volvieron a pasar por mi cabeza a una velocidad extrema. El general está empezando a contar: une... deux... trois... los franceses presionan el gatillo para disparar contra nosotros y...

Fin